100 años de PAC

Pedro Xavier Solís Cuadra

En saludo al Centenario del poeta nicaragüense
Pablo Antonio Cuadra (1912-2002)

Durante la segunda mitad del siglo XX, Pablo Antonio Cuadra fue por antonomasia, entre nuestros intelectuales, la voz de la experiencia. No es cosa vana escuchar la voz de la experiencia. Para Bergson, por ejemplo, la experiencia es el sentido del Universo. Por eso afirmaba que contemplándose uno mismo, se puede llegar a comprender el sentido del Universo. Creo que eso es cierto. Leer un solo verso nos deja penetrar en el misterio de la creación, que es en sí el misterio de la existencia. La conciencia de ser. De ahí que la comprensión del sentido poético conlleva una comprensión del sentido del Universo.

Al decir esto también retomo la concepción del Verbo Creador que nos da el Génesis. Así también lo entendió Cuadra cuando dijo: «El poeta sabe qué misteriosamente ligadas están Palabra y Creación. Más que creado, el mundo fue hablado por Dios. Por eso se puede orar con sólo contemplar, que es escuchar, a la Naturaleza. Cada cosa está palabreada. Cada cosa tiene como una semilla de palabra: la palabra con que Dios la creó. La Creación no es algo que sucedió allá, en el principio, y luego cesó; sino un hablar que no cesa, un diálogo vivo y permanente. Tener oídos para ese diálogo es penetrar un poco al Paraíso, recuperar en cierta manera el Edén».

Por eso, entrar a la zona literaria de mi abuelo, es entrar a su zona más real. A su hábitat, a su manera natural de estar y ser él mismo. Con Heidegger diríamos que esa manera habitual de estar con nosotros mismos, es nuestro propio lugar; esto es, nuestro habitar. «La palabra es la morada del ser», afirma Heidegger. «En esa casa habita el hombre. Los pensadores y los poetas son los

vigilantes de esa morada. Su vigilia consuma la manifestación del ser». El lenguaje como lugar y el lugar como ser. Por algo Ernesto Cardenal dijo que la poesía de PAC es una «tierra que habla». El lugar poéticamente recreado.

Un hábitat, sin embargo, cuya intimidad estuvo permanentemente asediada por los apuros del mundo. En un bello poema, «Abuelo en la noche», Cuadra lo expone magistralmente: debe cruzar su desierto «bajo el sofocante y ordenado itinerario de los relojes», para enseñarle a sus hijos que cuidar la intimidad ante los avatares del mundo suscita un gozo especial.

...Entonces, si yo recuerdo
si fácilmente caigo en las viejas historias
si abro para ellos las puertas de la casa
abren los ojos y me reconfortan con su alegría
–piensan que tal vez es posible el retorno–
porque ellos vivieron, ellos nacieron y se criaron
en la casa que perdimos
en la vieja casa grande junto al río
donde yo vuelvo ahora
donde yo vuelvo siempre
apenas cae un poco de sueño en mis ojos vacíos.

Ese entrar siempre a esa casa para recuperar la intimidad, le permitió a Cuadra no confundirse entre las urgencias que lo reclamaban; estaba la puerta abierta para la serenidad necesaria en que el entorno es la vida interior. Y en esa estancia del vivir poético, el pensamiento de PAC está lleno de aposentos de los que algunos somos huéspedes. Porque su pensamiento es también mi lugar propio. La casa que habito y que me habita, a la que yo vuelvo ahora, a la que yo vuelvo siempre, apenas cae un poco de sueño en mis ojos vacíos